

Hermenéutica - Géneros literarios

Los volúmenes de la biblioteca

Si se nos ofrece la ocasión de visitar una buena biblioteca en una ciudad grande, con el fin de pedir prestado un libro, o de buscar datos que nos interesan, hallaremos no ya un solo índice para todos los libros, sino índices clasificados en secciones según las materias: Historia, Biografías, Bellas Artes, Viajes, Poesía, Idiomas, etcétera. Aun así habrá subdivisiones de materias, además de la clasificación bajo el nombre de los autores. Esta complejidad surge de la vasta herencia literaria, científica y filosófica que recogemos de los trabajos de un sinnúmero de autores a través de los siglos. Esta necesaria clasificación nos da una idea de lo que son géneros literarios, puesto que los escritos humanos se producen según ciertas normas y para el cumplimiento de muy diferentes finalidades. El estilo de distintos historiadores podrá variar mucho, como también la presentación de su material, pero todas las obras históricas presentarán hechos acontecidos en tiempos pretéritos, aunque algunos historiadores podrán interesarse más en los aspectos militares, otros en el desarrollo social y otros en cuestiones políticas. La historia, pues, es un género que se produce según sus propias leyes y normas.

Es fácil ver que existe una íntima relación entre la historia y las biografías, puesto que la vida de hombres y mujeres que se han destacado en el pasado forma una parte esencial de la historia de las naciones donde han nacido y laborado. Con todo, la biografía se centra en el protagonista, destacándose el medio ambiente solamente en la medida necesaria para iluminar la vida del biografado, de modo que constituye un género distinto.

En la Biblioteca de las Sagradas Escrituras hallamos principalmente los géneros literarios siguientes: historia, biografía, poesía, profecía, tratados doctrinales, y la apocalíptica. Tengamos en cuenta, sin embargo, los factores básicos que se enumeraron en el capítulo sobre el Lenguaje de las Escrituras, recordando que toda la producción literaria de la Biblia se sujeta a la finalidad de la misma, o sea, la presentación del plan de la redención. Los autores no cultivaron estos géneros como un arte literario, sino que expresaron sus inspirados mensajes por medio de los moldes conocidos en sus tiempos. No les importaba, pues, mezclar los géneros con tal de adelantar su propósito, y lo importante del asunto, desde el punto de vista de la exégesis, es que los mensajes que dan dentro de ciertos géneros han de entenderse según las normas del mismo, para que no cometamos la torpeza, por ejemplo, de buscar la precisión de un tratado doctrinal en libros poéticos abundantemente adornados de figuras retóricas.

La construcción del Pentateuco

El Pentateuco es un libro único, tanto en la literatura mundial como en la bíblica. Con mucha reverencia los judíos lo denominan la “*Torah*”, o “*Ley*”, considerándolo como la base de su fe y de su sistema religioso. Para ellos otras partes del Antiguo Testamento tienen su importancia en el canon, pero la Torah ocupa un lugar aparte, como fundamento de la revelación de Dios. Bajo este epígrafe de los géneros literarios tenemos que limitar nuestras observaciones, puesto que, dentro de la marcada unidad espiritual del Pentateuco, hallamos una gran diversidad de géneros literarios en porciones breves, y el análisis de los tales exigirá mucho espacio. ¡Cuánta riqueza de visiones, simbolismo, biografía, poesía, profecía, anotaciones sobre viajes, instrucciones sacerdotales y códigos

legales! ¡Cuántas preciosas piedras en los cimientos de las Sagradas Escrituras! Esta misma profusión de géneros dificulta nuestro cometido, y nos limitaremos a destacar el género biográfico.

El género biográfico en el Pentateuco. El libro del Génesis puede analizarse fundamentalmente en dos secciones: 1) Una introducción general al plan de la redención, que abarca los sublimes capítulos 1 al 11; 2) Los principios del plan de la redención, enlazados con la formación de la nación de Israel, destacándose las vidas de Abraham, Isaac, Jacob y José.

El estudiante de las Escrituras se ahorrará muchos dolores de cabeza y muchísimas cuestiones inútiles si tiene en cuenta que los capítulos 1 al 11 no pretenden dar más que unos datos muy seleccionados sobre los orígenes del mundo, del hombre, del pecado, de ciertas tendencias inveteradas del hombre caído y de distintas y típicas manifestaciones tanto de la gracia como de los juicios de Dios. Detrás de estos breves y significativos datos hemos de suponer una enorme complejidad de historia natural, de historia humana y del desarrollo de civilizaciones, que necesitarían grandes bibliotecas para mencionarlos siquiera someramente, y que sólo obstaculizarían la presentación del plan de la redención, que es la finalidad de la Biblia. Contentémonos con el sabio plan divino que no sobrecarga la historia de los principios con masas de información que no podríamos absorber, limitándonos a buscar el profundo significado de los hechos seleccionados.

Las vidas de los patriarcas no son completas según el criterio biográfico de nuestros días. Nada sabemos de la niñez y juventud de Abraham, y su vida no cobra significado espiritual hasta el momento en que responde al llamamiento de Dios, llegando a ser entonces la pieza principal para el adelanto del plan de redención. El interés se concentra en el nacimiento del hijo Isaac, *“hijo de promesa”*, primer brote del linaje escogido, quien anticipa en su persona *“La Simiente”* del cumplimiento de la promesa. Los incidentes siguientes no se escogen para glorificar al caudillo de una tribu oriental, sino según su significado para el Plan, y con el fin de apuntar profundas lecciones morales y espirituales. Hallamos lo mismo en las vidas de Isaac, Jacob y José, y el mismo principio informa todas las secciones biográficas de las Escrituras. La vida de José se aproxima más a nuestra idea de biografía, ya que hay mención de su nacimiento, de su juventud, de los incidentes más destacados de su carrera, y de su muerte. Pero persiste el mismo criterio de selección en relación con el plan, ya que su actuación como gran visir de Egipto tenía que estar cuajada de incidentes de resonancia internacional en el mundo oriental de entonces. Pero de ella nada se nota sino su obra salvadora en relación con los siete años de hambre.

El hilo biográfico une todas las demás secciones del Pentateuco, en todos los libros restantes, siendo Moisés el factor constante que determina, por la gracia de Dios, la constitución de Israel en una teocracia por medio de la cual Dios cumpliría sus designios milenarios. Todas las secciones biográficas recalcan la importancia de los instrumentos humanos en el cumplimiento de los planes de Dios en la Tierra, ya que, aun en su caída, el hombre ha de ocupar el centro del escenario donde Dios le colocó para reinar. De modo que seres celestiales actúan solamente de forma indirecta, mientras que una sucesión de hombres jalonan los caminos de Dios, hasta llegar al Dios-Hombre, nacido de mujer, quien lleva todo el pensamiento divino a su última consumación.

La historia

En nuestras Biblias los libros propiamente históricos se extienden desde el principio de Josué hasta el fin de Nehemías, bien que entreverados de porciones biográficas, a

excepción de la pequeña obra maestra de Ruth, que parece ser más un poema en prosa, cuyo tema, delicadamente poético y dramático, se elabora alrededor de la atrayente figura de la mujer moabita, siendo también pieza esencial del plan, ya que prepara el nacimiento del rey David.

Es interesante recordar que los judíos, con mejor criterio que los escriturarios de nuestra época, llamaban a los libros históricos desde Josué hasta el fin de Reyes los “profetas anteriores”. Comprendían que lo importante no era la narración en sí, sino la ilustración de los caminos de Dios a través de ellos. Los cronistas nacionales de los grandes imperios de Egipto, Asiria y Babilonia se cuidaban bien de no hacer mención de las derrotas y desgracias de sus monarcas, destacando solamente lo que podía halagar su vanidad. Pero pasa todo lo contrario en el caso de los historiadores hebreos, quienes señalaban claramente los momentos cuando los reyes y demás héroes nacionales se desviaban del camino de la voluntad de Dios, recibiendo cada uno el castigo que correspondía a su desvío. Tenemos aquí la historia a lo divino, trazándose el fluir y el refluir de los asuntos humanos desde el punto de vista de Dios, sin olvidar jamás la finalidad moral y espiritual. Los profetas, pues, enseñan las verdades divinas, no sólo por sus oráculos, sino también por los ejemplos vividos que seleccionan. En esto consiste precisamente el valor permanente y universal de la historia de la Biblia, que viene a ser una admirable escuela para aprender los caminos de la providencia de Dios y la operación de la “ley de la siembra y de la siega”. De ahí su valor como *“instrucción en justicia”* (2 Ti 3:16-17).

Josué. Este libro narra la conquista de la Tierra, y así da cumplimiento parcial a las promesas que Dios concedió a Abraham a este respecto. La información procede principalmente de Josué mismo y de los ancianos de su generación, lo que no impide una redacción posterior por una mano autorizada. Se compone mayormente de crónicas militares y de detalles del catastro al ser repartida la Tierra entre las tribus de Israel. En general es un libro victorioso, bien que se siembran ya algunas de las semillas de los desastres posteriores.

Jueces. Vemos el fracaso del pueblo en la Tierra, con los principios del sincretismo religioso que arruinó el testimonio de Israel durante tantos siglos. La negrura del cuadro sólo se alivia por la actuación de hombres y mujeres de fe quienes llegan a ser los adalides del pueblo en los momentos de desastre nacional. Se prepara el terreno para el concepto del Reino.

Libros de Samuel y de Reyes. Estos libros forman un solo cuerpo histórico, basado sobre las observaciones y anotaciones de distintas generaciones de profetas. Por ser tan larga esta historia del Reino, se dividió en las secciones que vemos desde tiempos muy remotos, pero no hemos de conceder importancia a estas divisiones. Es la visión profética de los tiempos que abarcan desde el fin del periodo de los jueces (“caudillos”), a través del rápido florecimiento de la monarquía, hasta su decaimiento y ruina. Ya hemos notado el valor moral y espiritual de estos profetas anteriores.

Los libros de las Crónicas, con Esdras y Nehemías. De nuevo nos hallamos frente a un solo cuerpo histórico, dividido posteriormente en nuestros libros por la conveniencia. Los judíos no colocaban esta sección entre los libros históricos, o sea, los profetas anteriores, sino entre los “escritos” que formaban la última de las tres divisiones de la Biblia hebrea, dándose cuenta de la diferencia de intención que existe entre estos libros y los de Samuel y Reyes. De hecho esta diferencia es muy importante, bien que poco comprendida por los lectores de hoy, quienes se extrañan ante tanta repetición de lo que ya han leído en los otros libros históricos. Podemos decir, a grosso modo, que si bien los libros de Samuel y Reyes representan el punto de vista profético, Las Crónicas adelantan el sacerdotal. Los redactores de las varias secciones no tenían interés en recapitular meramente la historia

nacional ya conocida, sino que trazaban el cumplimiento del plan de Dios para establecer su trono y su templo en medio de su pueblo escogido de Israel; o sea, los incidentes se escogen por su relación con los conceptos fundamentales del reino y del culto. Por eso no vemos más que el fin del reinado de Saúl, y pasamos rápidamente al gobierno de David, el escogido de Jehová, y al pacto que fundamentó el reino que se haría eterno en las manos del Hijo de David (**1 Cr 17**). Luego el interés se concentra en la organización del reino y los planes de David para el Templo, que por fin es levantado por Salomón en el sitio que Dios señaló a su padre y según los planes que David había recibido por revelación (**1 Cr 28:11-12,19**). Según el mismo criterio de selección, no se hace historia del reino del norte después de la división, pues nada tenían que ver los impíos reyes apóstatas de Efraín con el orden fundamental del Trono de David y del Templo en Sión. Los reyes de Judá reciben atención según su actuación en relación con la restauración del culto verdadero, lo que explica las largas secciones dedicadas a Josafat, Ezequías y Josías. Esdras y Nehemías forman una especie de epílogo, que describe la reedificación del Templo en los tiempos del imperio persa, y la purificación del resto que volvió a Israel. Así se prepara el escenario para el advenimiento de aquel que había de cumplir en su persona las funciones de rey y sacerdote, tanto para Israel como para la Iglesia.

Los libros proféticos

En nuestra Biblia empiezan con Isaías y terminan con Malaquías, abarcando las grandes profecías de Isaías, Jeremías y Ezequiel, además de los doce “profetas menores” (“menores” sólo por su extensión, ya que se revisten del mismo valor profético e inspirado como los demás), con Daniel. En la Biblia hebrea, Daniel se halla entre los “escritos”, por la razón de que el escritor y protagonista principal era estadista en Babilonia, viendo sus visiones proféticas incidentalmente, por decirlo así, sin ser llamado a una misión especial profética entre los israelitas. Modernamente se clasifica este libro entre el género apocalíptico.

Los profetas eran primordialmente predicadores de justicia, enviados por Dios a su pueblo en épocas de decadencia con el fin de señalar los pecados nacionales y sociales a la luz de la santidad de Dios. Después del análisis del pecado, profetizaban juicios inmediatos y lejanos, llamando a todos al arrepentimiento. La predicción del porvenir ocupa un lugar importante en los oráculos, pero en primer término el profeta es el portavoz de Dios.

Para la debida exégesis de los libros proféticos debemos tener en cuenta esta función primordial, recordando también que los libros que leemos son colecciones de oráculos (o sermones), lo que explica las repeticiones de los mismos temas una y otra vez, y la falta de una progresión cronológica o histórica desde el principio hasta el fin de los libros. Hallamos secciones de cierta homogeneidad, pero la unidad es el oráculo. Con todo llegamos en estos libros a las mayores alturas morales y espirituales del Antiguo Testamento.

La exégesis exige también algunos conocimientos, siquiera someros, de la historia y la geografía de los tres grandes imperios —Egipto, Asiria y Babilonia— además de la situación y desarrollo de pueblos más pequeños que lindaban con la Tierra Santa: Siria, Moab, Amón, Edom, Filistea y Fenicia.

A pesar de ministrar en tiempos de decadencia y de juicio, los profetas no son pesimistas, puesto que se adhieren firmemente a la convicción de que Dios ha de cumplir sus propósitos no obstante el fracaso de la nación carnal. Siempre existe un resto de creyentes fieles por medio de quienes Dios puede obrar y con creciente claridad se va

perfilando la fisonomía del Mesías, el Siervo de Jehová, quien ha de redimir a Israel y extender los maravillosos beneficios de su reino hasta lo último del mundo.

Los libros poéticos

Los poetas expresan sus pensamientos y sentimientos bajo formas rítmicas y con abundancia de figuras retóricas. Los eruditos de hoy declaran que muchos pasajes de los libros proféticos son también poéticos en su forma. Llegan hasta discernir versos y estrofas en el arameo que forma la base, según se supone, de muchas de las enseñanzas del Maestro. Pero hay ciertos libros en que la poesía predomina, de modo que éstos —los Salmos, Proverbios, el libro de Job y el Cantar de Cantares— se clasifican como libros poéticos. Proverbios y Job son libros sapienciales escritos en verso.

Quizá extraña un poco al lector que haya tanto elemento poético en libros tan antiguos, toda vez que nosotros empezamos con prosa y llegamos después (si llegamos) a las formas artificiosas y difíciles de la poesía. Pero eso es porque aprendemos a leer de niños. En las sociedades más primitivas, la instrucción y la narración tenían que recitarse y aprenderse de memoria, y para ello se prestaban mucho mejor las formas rítmicas. Así que, en el desarrollo de la literatura, la poesía precede a la prosa, y no a la inversa.

Según los eruditos, la poesía hebrea es acentuada, pero sobre todo el oído y la percepción intelectual y estética se deleitan por medio del paralelismo de conceptos que se expresan en versos pareados. En un tipo muy conocido el segundo verso ofrece una variación del concepto del primero:

“En tus mandamientos meditaré;

Consideraré tus caminos” (Sal 119:15).

Alternativamente el segundo verso del pareado puede introducir un contraste:

“Los tesoros de maldad no serán de provecho;

Mas la justicia libra de muerte” (Pr 10:2).

En otros casos el segundo verso puede añadir un concepto análogo al primero:

“La bendición de Jehová es la que enriquece,

Y no añade tristeza con ella” (Pr 10:22).

El pareado puede ampliarse hasta formar una estrofa más o menos regular, y hay algunos poemas acrósticos bastante complicados, en los cuales cada estrofa empieza con una letra del alfabeto hebreo, leído en su orden normal. Nuestras versiones hacen constar esta letra hebrea en el caso del salmo 119, pero los estudiantes del hebreo discernen una construcción análoga en el libro de Lamentaciones.

Lo interesante de la idea básica del paralelismo es que se presta a la traducción, de modo que la poesía puede deleitar al lector sensible, aun cuando la lee en idiomas muy diferentes del original. Por ejemplo, no hace falta ser conocedor del hebreo para apreciar la sublime poesía del salmo 10 o del 23 en la versión Reina-Valera. Muchas versiones modernas nos ayudan a percibir la construcción de las porciones poéticas por destacar los versos en líneas separadas.

La sustancia de los libros poéticos es aún más importante que la forma desde el punto de vista de una buena exégesis. Podemos resumir cuestiones muy amplias por decir que la poesía hebrea es la expresión de las experiencias espirituales de sus inspirados autores, quienes se identifican con frecuencia con el pueblo de Israel, y sobre un plano aún más

elevado, con el Mesías esperado. David es el salmista por excelencia, y todo lector de la Biblia sabe cómo plasma en sus hermosas poesías las experiencias alegres y trágicas de su vida, sacando de ellas preciosas lecciones de fe, de sumisión y de adoración. Muchos de sus Salmos (y los de sus sucesores en este arte) se escribieron para ser cantados por los coros de levitas en el Templo, según el orden que David estableció, lo que explica las notas (a veces enigmáticas para nosotros) que encabezan muchos Salmos, que serían instrucciones para los cantores. Poetas podrían sentirse inspirados por un acontecimiento nacional, por el recuerdo de su historia, o por la muerte de algún héroe (**2 S 1:17-27**). Todo el libro de Lamentaciones es una endecha sobre la caída de Jerusalén, destruida por el ejército de Nabucodonosor. Según algunos eruditos, el Cantar de los Cantares en su sentido original (lo que no resta importancia a sus posibles sentidos alegóricos) es un “epitalamio”, o sea, una canción compuesta en relación con una boda.

Ningún lector que se acerca a las Escrituras con el aprecio reverente de su unidad e inspiración puede dudar de los elementos de profecía mesiánica en Salmos como el 22 y el 69. Pero a la vez notará las diferencias que existen entre estas anticipaciones de los sufrimientos del Mesías y las profecías de los capítulos 42 a 53 de Isaías, por ejemplo. El método profético en los Salmos es muy especial, y podríamos llamarlo “psicológico”, ya que David (u otro) empieza a cantar las aflicciones de su propio corazón, pero por la operación del Espíritu halla que sus sentimientos y experiencias son sublimados y llevados a un plano superior a lo meramente humano, constituyendo entonces una profecía, no ya de los acontecimientos futuros, sino de los sentimientos del Mesías. El Salmo 22, que el Señor cita durante su más profunda agonía en la Cruz, es un ejemplo que nos llena de adoración reverente.

Desde luego, las figuras retóricas abundan en la poesía bíblica como en la de todas las literaturas, y hemos de tomar en cuenta las metáforas, símiles, paradojas e hipérbolés, pues sería ridículo querer interpretar la expresión poética de las verdades de Dios según el mismo criterio que emplearíamos para las aclaraciones doctrinales de Romanos o Hebreos. Vemos la hipérbole, por ejemplo, en el Salmo 114, que describe el Exodo en términos poéticos:

“El mar lo vio, y huyó;

El Jordán se volvió atrás.

Los montes saltaron como carneros,

Los collados como corderitos.”

Luego los mismos conceptos se repiten en forma de preguntas retóricas, hasta explicarse la conmoción de la naturaleza por ser el efecto de la “*presencia del Dios de Jacob*”. Nadie en su cabal juicio pensará que los montes y collados jugaron literalmente como carneros y corderos, y la mente comprensiva y humilde dará gracias a Dios por descripciones que llevan algunas de las grandes verdades de la revelación al alma por medio de los sublimes y agradables recursos de la poesía.

Los libros sapienciales

Desde los tiempos más remotos, y a través de diversas civilizaciones, los hombres han plasmado los resultados de su experiencia en proverbios o refranes que, por ser breves y llamativos, son recordados y repetidos de generación en generación. El refranero español es una de las manifestaciones más características del espíritu hispano, bien que muchos de los refranes hallan sus equivalencias en otros idiomas, a causa del fondo de experiencia que es común a todos los hombres.

Lo que es obra más o menos espontánea del pueblo en nuestras tierras, llegó a ser algo profesional en las civilizaciones orientales de los tiempos bíblicos. Sabios dedicaban su tiempo a redactar, coleccionar y perfeccionar los proverbios que concretaban la sabiduría práctica bajo imágenes y semejanzas concretas, hallándose ejemplos en la literatura egipcia aún en el año 2700 antes de Cristo. Por ser este género literario tan conocido y apreciado, la fama de Salomón se extendió por todo el Oriente, como superior a otros maestros de esta rama del saber (**1 R 4:29-34**).

Los libros sapienciales (de sabiduría) de la Biblia son: Job, Proverbios y Eclesiastés. En los escritos apócrifos se halla un buen ejemplo en el Eclesiástico, o en la Sabiduría de Salomón. Nuestro aprecio del detalle de estos libros ganará mucho si comprendemos mejor la naturaleza del género, recordando que Dios habló preferentemente a su pueblo Israel por medio del sacerdote, que señalaba la Ley y el ritual simbólico; por medio del profeta, que recibía mensajes directos de Dios para la guía del pueblo, sobre todo en tiempos de decadencia; y por medio del sabio, que enseñaba a los hombres cómo habían de andar en tiempos normales. La diferencia entre la sabiduría de las otras naciones y la de los hebreos consiste en que éstos insistían en que *“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová”*, y ordenaban los resultados del examen de la experiencia según este principio fundamental. Hay detalles que parecen algo egoístas en esta sabiduría práctica, pero todo tiene un fin moral, y a veces llega a sublimes alturas de comprensión espiritual.

Hallamos un ejemplo de los muchos avisos de prudencia práctica en (**Pr 25:8-9**).

“No entres apresuradamente en pleito,

No sea que no sepas qué hacer al fin.

Después que tu prójimo te haya avergonzado.

Trata tu causa con tu compañero,

Y no descubras el secreto a otro...”

Hay un humor fino e irónico en la descripción del perezoso en (**Pr 26:13-14**), donde vemos al desgraciado tan falto de ganas de moverse y trabajar que, girando en su cama como puerta sobre el quicio, exclama asustado, como explicación de su permanencia en la cama: *“¡Hay un león rugiente en el camino! ¡Hay un león en las calles!”*.

De todos es conocido el valor psicológico y moral de (**Pr 22:6**), que es un verdadero compendio de pedagogía:

“Instruye al niño en su camino,

Y aun cuando fuere viejo no se apartará de él.”

Las profundas lecciones espirituales de (**Pr 3:11-12**) se recogieron y se comentaron magníficamente por el autor de la Epístola a los Hebreos.

“Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor,

Ni desmayes cuando eres reprendido por él;

Porque el Señor al que ama, disciplina,

Y azota a todo el que recibe por hijo” (He 12:5-6).

“No menosprecies, hijo mío, el castigo de Jehová,

Ni te fatigues de su corrección;

Porque Jehová al que ama castiga,

Como el padre al hijo a quien quiere” (Pr 3:11-12).

Los libros de sabiduría son, pues, obra de la inspiración divina a través de un género muy conocido y apreciado en el Oriente. Completan la maravillosa provisión que Dios hace a favor de su pueblo para todos los tiempos en todos los órdenes y esferas de su vida. La integridad que caracteriza al hebreo digno de su raza, se debe en gran parte al hecho de nutrirse desde su juventud de esta literatura de sabiduría. ¡Ojalá que en nuestros tiempos los jóvenes cristianos repasaran constantemente el libro de Proverbios para estar apercebidos contra el sinnúmero de peligros morales y prácticos que les acechan! Es parte importantísima de la disciplina de la justicia que nos viene por medio del Antiguo Testamento.

La dificultad que muchos hallan en la exégesis de Eclesiastés desaparece en gran parte si tenemos en cuenta su naturaleza como una parte de la literatura sapiencial. Algunos (aun en círculos conservadores) tildan al “*Predicador*” de “filósofo pesimista”, y seleccionan lo que consideran como verdadero y falso en sus enseñanzas. Pero si hemos de erigirnos en jueces frente a un libro didáctico, incluido en el canon inspirado, escogiendo esto y rechazando aquello, no nos diferenciamos del crítico liberal. Nuestra actitud ha de ser otra. Hemos de fijarnos en que el Predicador se limita a examinar el curso de la vida humana “*debajo del sol*”, comprobando por su propia experiencia que el hombre, debido a su naturaleza especial, y dentro de la brevedad de su existencia aquí, no puede satisfacerse ni en sus obras, ni en sus placeres, ni siquiera en su sabiduría, resultando que todo es vanidad, o frustración. Todo lo que observa y nota es verdad dentro de los límites de su cometido, pues tocará a los profetas, y más tarde a los apóstoles, señalar los amplios horizontes espirituales y eternos. Comprendido así, el triste refrán, “*Vanidad de vanidades, todo es vanidad*”, es la necesaria preparación para que el hombre, desesperándose de hallar la felicidad aquí abajo, la busque en el cielo.

Los libros apocalípticos

Hay partes de los libros de Ezequiel, Daniel y Zacarías que presentan el porvenir del pueblo de Israel, juntamente con el de los grandes imperios que han rozado con la historia del pueblo escogido, bajo la forma de visiones ricas en llamativo simbolismo. Casi la totalidad de los símbolos de las porciones referidas vuelven a aparecer en Apocalipsis, el libro de la consumación, tanto de la historia humana como de los caminos de Dios en relación con el hombre. Modernamente se ha considerado este tipo de profecía como un género especial, llamado “apocalíptico” por el libro del Apocalipsis, que en sí quiere decir “revelación”.

Se hallan libros apocalípticos fuera del canon bíblico, especialmente en los siglos que precedieron el nacimiento del Señor, y por ser fantásticas algunas de estas producciones, existe la tendencia de subestimar también las porciones apocalípticas de las Escrituras. Hemos de ponernos en guardia contra estas tendencias, ya que el mismo Señor hacía señalado uso de las visiones de Daniel, y partes de su propio sermón profético se incluyen en el mismo género. Las visiones son tan obra del Espíritu como las profecías de Isaías, y si bien ofrecen dificultades especiales de interpretación, han de recibirse como partes integrantes y necesarias de la revelación total, cumpliendo un propósito muy especial al señalar la consumación final.

Bajo el epígrafe de “simbolismo” hemos notado que el único medio de interpretación es el de considerar los símbolos desde su primera mención en los contextos bíblicos. Por el uso podemos “aprender el idioma” que Dios se ha dignado poner a nuestra disposición

para ampliar nuestros horizontes, haciéndonos saber sus designios para las vastas perspectivas históricas hasta la consumación del Reino de Dios y del Cordero.

Los géneros literarios en el Nuevo Testamento

1. Los Evangelios

No hay nada en la literatura mundial que remotamente se parezca a la presentación cuádruple de la persona y obra de Cristo en los cuatro Evangelios. En su forma son los recuerdos de testigos que presenciaron el ministerio del Hijo de Dios en la Tierra, y constituyen la base de todo nuestro conocimiento del cumplimiento de la excelsa misión del Hijo que había de cimentar el Reino de Dios y abrirlo a toda alma creyente. Mateo pudo escribir del tesoro de sus propios recuerdos, utilizando probablemente notas escritas durante el mismo ministerio del Señor. Marcos recogió el testimonio del apóstol Pedro. Lucas es el cuidadoso historiador que investigó sistemáticamente la evidencia (**Lc 1:1-3**) y la plasmó con gran maestría en un libro de delicada fuerza artística y espiritual. Juan, el discípulo amado, puso por escrito, hacia el final de su vida, los preciosos recuerdos personales, quintaesenciados por su meditación en el santuario durante sesenta años. Todo ello es el “testimonio apostólico”, exactamente observado, y a la vez divinamente inspirado, y que constituye un género único y sin igual, en el que los elementos biográficos e históricos se han elevado a un plano divino, sin dejar de ser hechos concretos que se realizaron en la Tierra (**1 Jn 1:1-4**).

En cuanto a la exégesis de los Evangelios, hemos de evitar el error de considerar estas narraciones como algo necesario, pero sencillo, siendo principalmente la base para las enseñanzas logradas de las Epístolas. Es verdad que niños pequeños pueden deleitarse en los incidentes de la vida del Señor, y vislumbrar algo de su hermosura. Pero a la vez los Evangelios manifiestan la gloria del Verbo eterno encarnado, y en ellos llegamos a la cúspide de la revelación de Dios al hombre. La exégesis es más difícil que la de las Epístolas por la sencilla razón de que la mayor parte de su sustancia anticipa la Cruz y la resurrección de Cristo, sin que este glorioso hecho clave sea aún manifiesto. En ellos paran los fines de los siglos, y hace falta discernimiento espiritual si hemos de interpretar fielmente las verdades y comprender los momentos. En nuestra exégesis hemos de evitar un dispensacionalismo demasiado rígido que ignora la unidad de la revelación divina, y a la vez comprender que de hecho Dios obra por “*tiempos y sazones*”, y que los Evangelios señalan la importantísima transición del régimen preparatorio a la edad del cumplimiento en Cristo, el Prometido. La Cruz se erige en “*la consumación de los siglos*” (**He 9:26**), hacia la cual todos los tiempos anteriores progresaban, y de la cual todos los posteriores dependen. Por lo tanto la historia de la Cruz es el centro de toda revelación.

2. Los Hechos de los Apóstoles

Aquí hallamos la primera historia eclesiástica y, por mucho, la mejor. Las investigaciones arqueológicas del célebre Sir William Ramsay pusieron fuera de toda duda razonable la exactitud, veracidad y pericia de Lucas como historiador, lo que subraya que Dios escogió un instrumento maravillosamente dotado y preparado a fin de que, auxiliado por el Espíritu de Dios, nos señalara los grandes hechos del descenso del Espíritu Santo, de la formación de la Iglesia, y de la marcha triunfante del Evangelio desde Jerusalén hasta Antioquía, y desde allí hacia Roma y el Occidente. Otros muchos movimientos extendían el Reino de Dios por diversas regiones, pero en la sabiduría de Dios, Lucas fue escogido para historiar el movimiento occidental y europeo, que había de echar tales raíces que de ellas, andando el tiempo, y a pesar de la corrupción de la Cristiandad como tal, brotaran ramas que se extenderían por todo el mundo habitado.

Cada sección del libro está cuajada de enseñanzas eclesiásticas y espirituales, que nos ofrecen la clave para entender las epístolas. De una forma perfecta enlaza los Evangelios con la doctrina apostólica. En general la presentación histórica es tan clara que es relativamente fácil la exégesis, pero hemos de tener en cuenta que se trata también de un periodo de transición. Los capítulos 1 a 9 hacen historia de la presentación a los judíos del Mesías resucitado, mientras que el capítulo 10 señala el momento en que el Reino se abre plenamente a los gentiles en igualdad de condiciones con los judíos. Es necesario comprender las reacciones de los judíos —dentro y fuera de la Iglesia— frente a esta tremenda innovación, para seguir el desarrollo de los acontecimientos y de la doctrina de aquella época.

3. Las Epístolas

Las Epístolas son cartas escritas a iglesias locales, o a individuos, durante el período apostólico. Constituyen el ejemplo más sublime del género epistolar de toda la literatura mundial. Otras colecciones habrá más amenas y más artísticamente logradas. Pero aquí la sencilla carta llega a ser vehículo para dar a conocer las verdades fundamentales de la fe cristiana, aplicando en inspiradas palabras el significado de la obra de la redención a la constitución de la Iglesia, a la organización y testimonio de las iglesias locales, y a la vida de hombres y mujeres cuyos cuerpos son ya *“templos del Espíritu Santo”*.

Las cartas surgen de determinadas condiciones en las iglesias que fundaran Pablo y sus colegas, y muchas veces responden a alguna necesidad inmediata: peligros doctrinales en el caso de Gálatas, Colosenses y 1 Juan; la necesidad de consuelo y de aclaraciones sobre la venida de Cristo en las cartas a los Tesalonicenses, y a varios puntos de orden y práctica en los escritos a los Corintios. El estilo epistolar se parece bastante a una conversación en que los temas se suceden el uno al otro según la necesidad del momento, y en general no se intenta el desarrollo ordenado de un solo tema, como en un tratado doctrinal. Es preciso tomar en cuenta este hecho en la exégesis, y el estudiante ha de procurar identificarse con el autor sagrado en su cometido de dar solución a problemas concretos que han surgido en determinadas iglesias, ya que la presentación y redacción dependen de estos factores humanos. Las epístolas pastorales (1 y 2 Timoteo y Tito) se dirigieron por el apóstol Pablo a colegas suyos que cumplían misiones importantes frente a las iglesias en Efeso y en la isla de Creta, dándoles orientación en cuanto a la organización y el testimonio de estas congregaciones.

Los únicos escritos que pueden considerarse como tratados doctrinales, o sea, presentaciones ordenadas y sistemáticas de las verdades de la fe, son (**Ro 1:16-15:13**) y la Epístola anónima a los Hebreos. En la redacción de la Epístola a los Romanos media la circunstancia de que Pablo escribe una carta a una gran iglesia que espera visitar, pero que no había fundado, de modo que le interesa presentar ordenadamente “su Evangelio”. Así aparte de una breve introducción y un epílogo personal, lleva adelante su argumento por sucesivas etapas, estrechamente relacionadas entre sí, que es lo que presta a esta gran Epístola su carácter especial. El autor de la Epístola a los Hebreos escribe a una iglesia hebrea que le es conocida, pero por su temperamento, y por las exigencias del momento, desarrolla su argumento con lógica magistral desde el principio hasta el fin, exceptuando algunas breves notas personales en el último capítulo.

No ha placido a Dios darnos la doctrina cristiana dogmáticamente, o sea, por medio de una presentación sistemática, clasificada cuidadosamente en capítulos y secciones, según el gusto teológico de nuestros tiempos, sino que surge con calor vital de los movimientos del Espíritu, de las luchas y los problemas de la era apostólica. Todo ello motiva problemas especiales de interpretación, y el estudiante ha de armarse de un espíritu de humildad, de paciencia y de constancia si ha de recoger la rica cosecha de las

enseñanzas apostólicas, que interpretan el hecho de la Cruz con referencia especial a la Iglesia de la cual formamos parte. Si en este espíritu estudia y medita —aprovechando además el fruto de los trabajos de muchos siervos del Señor que anteriormente han puesto su tiempo, sus talentos y sus profundos conocimientos a la disposición del Señor y de la Iglesia, en la potencia del Espíritu Santo, al esforzarse por iluminar el texto— se gozará como quien halla preciosos tesoros, alabando al Señor por su sabiduría al escoger precisamente estos medios para revelar su voluntad a la Iglesia a través de los siglos.

4. El Apocalipsis

Hemos dicho algo del género apocalíptico más arriba, pero volvemos a mencionar el sublime libro que clausura el canon de las Escrituras para completar el cuadro del Nuevo Testamento. En cuanto al que escribe, “Juan” es el apóstol Juan, y el Apocalipsis (Revelación) es el broche de diamantes que el apóstol por el Espíritu pone a su ministerio escrito, y que Dios escogió como culminación de su revelación escrita, señalando la forma en que los siglos de la historia humana desembocan en el siglo de los siglos de la Nueva Creación. No queremos decir por eso que el Apocalipsis es el último escrito de Juan en cuanto al orden cronológico, sino que señalamos su significado espiritual.

Como en todos los demás libros de la Biblia, hay que dar a las distintas partes del Apocalipsis el sentido más directo y sencillo posible, sin presuposiciones sobre si esto o lo otro “puede ser” o “no puede ser”. Ya hemos hablado de su simbolismo, y de la necesidad de buscar la clave de este “idioma especial” dentro de las Escrituras mismas. Habrá mucho que rebasa nuestra comprensión actual, pero eso no impide que estemos bien encaminados, hasta donde podemos llegar, y este libro, tanto o más que otras porciones de las Escrituras, ha de tomarse en serio, pues *“Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca”* (Ap 1:3). La clave se halla en (Ap 21:5): *“¡He aquí yo hago nuevas todas las cosas!”*.

Ejercicio

1. Señale ejemplos, sacados del Evangelio según Mateo, de los siguientes géneros literarios: narración, poesía, discurso y profecía. Explique, sin embargo, por qué decimos que los Evangelios pertenecen al género narrativo.

Copyright ©. Texto de Ernesto Trenchard usado con permiso del dueño legal del copyright, Centro Evangélico de Formación Bíblica en Madrid, exclusivamente para seguir los cursos de la Escuela Bíblica (<https://www.escuelabiblica.com>).